

LOS CUENTISTAS

HISTORIA
DE
TRES TARDES

Sí, Marta amiguísima: tu carta sedante y cordial, me ha llegado del correo como una mano que supo hurtarme la fiebre. Gracias, querida.

No puedes imaginarte cuán a esperanza suenan las voces que nos vienen de lejos en horas de hundimiento y de sombra.

«En casa todos trastornados, todos con un agujero muy negro en la vida, sintiendo que sobre nuestras cabezas se abate un pájaro faidico y aventá un aire glacial. Adela casi muerta, con ataques horribles día y noche. El médico dice que del corazón. Mamá, la pobre, medio loca, viéndose como

por el camino que abrió la muerte inesperada de mi pobre padre, vienen acreedores y se van muebles, alhajas; todos aquellos caprichillos que mi hermana y yo juzgábamos adorno y perfume de la vida. Con ellos, Marta;—te lo digo sin el pudor que la desgracia se lleva—con ellos podremos ir tirando algún tiempo. Después... después, ¡qué sé yo!

«Los negocios de mi papá iban mal. El no nos dijo nunca nada. Pero ahora, cuando se marchó para no volver, vamos enterándonos de sus grandes deudas que había contraído; se habla de despilfarros inverosímiles; de audaces adquisiciones, y de mil cosas más, que la curia conoce y va arrojando con resmas de papel de oficio.

«Pero, ¿cómo siendo tan bueno pudo acabar de ese modo?... antes de morir, según he sabido, se hallaba en una situación angustiosísima. Nadie, ni los de casa, lo advertimos. Aquella tiesura suya, aquella dignidad del siglo XVI—y en el fondo era un alma de Dios—no se doblegaron jamás. ¿Sabes de quién me estoy acordando, sin saber por qué? De aquella vieja *Maestá*, que vimos en el Español hace dos años... en una obra de Benavente. ¿Cómo se titulaba?... Espera... Decía *Maestá* una cosa así: «Estas manos mías no supieron guardar... Saltaban sobre ella los ternos como el agua en la concha de mármol de una fuente para caer más esparcidos...»

«¿Cómo se titulaba aquella obra, mujer? Tengo la cabeza hecha un infierno, Dios me perdona.

«He tenido que interrumpir esta carta. ¡Marta de mi vida! Acabo de recibir uno de los más grandes golpes..., y ni el consuelo de llorarlo puedo concederme. El *cola* Pleyel... ¿te acuerdas? se lo llevan de mi cuarto, a cuenta de no sé qué codicioso acreedor. Cuatro mozancones lo han cargado a sus hombros como un ataúd. Adela no lo sabe: yo me

he quedado atontada, sin darme cuenta cabal de este despojo horrible...

«Hace una tarde de lo más triste y fosca.

Desde este gabinetito, donde tanto hemos reído otras tardes y que pronto habré de abandonar, veo pasar la gente... Allá lejos, sobre ese mar indiferente y oscuro de sombreros, marcha el piano... Con él se van Grieg y Chopin y Beethoven y Straus. ¿Te acuerdas de aquellos valeses?... ¿Y aquella romanza en *fá*? ¿Y aquellos *lieder* noruegos que sonaban a gloria cuando iba anocheciendo y tú y yo hablábamos de novios y de cintajo?...

«Perdona el borrón que acaba de caerme. Que se nos lleven vajillas de plata y de biscuits y tanagras... pase. Pero ¡que se nos lleven la música...! ¡Ay, Marta, qué horrible tarde!

«Adios, mil besos a los tuyos. Y para tí todo el cariño de tu desventurada.

Mary.

¡Ah! ¡Ya me acuerdo! Se titulaba *La noche del sábado*...

II

«Queridísima Marta: Perdona que haya sido tan perezosa. Pero hasta hace pocos días no hemos tenido la fortuna de ver normalizada nuestra situación.

«Teniendo un poco de conformidad y recordando alguno que otro refrán viejo, la vida se nos ofrece hoy menos dura. «Dicen que Dios aprieta...»

«Verás. Voy a ser muy breve, porque... sorpresa, y gorda, hija. Me tienes en un cuarto interior, con una ventana que da a un patio estrecho, pero lleno de sol, como un vaso. Junto a la ventana hay una máquina de coser, y junto a la máquina me tienes a mí.

«Trabajo como una de esas modistillas que algunas veces, al regresar del paseo, veíamos desde el coche por la *Carrera*. Lo mismo... y casi me atrevo a confesarte que un poco más.

«Gracias a que supe siempre algo de costura. Y haciendo pantalones y camisas, vivimos. Pagan una miseria, eso sí; pero ¡si vieses cómo *pedaleo*! La máquina corre y corre: bajo la aguja deslizo no sé cuántas varas de tela blanca. Tengo las manos acribilladas; he pasado ratos malísimos... Y sin embargo, ya voy aprendiendo a reír...

«Aquí, en secreto, voy a confesarte otra felicidad mía. Acabo de recibir una carta de declaración. Es

de un empleadillo, vecino de sotabanco; pero sé que me quiere hondamente, sin corona ducal ni abonos a turno segundo.

«Voy a contestarle... que sí. ¿Te ríes? Pues mira; todo esto es, gracias a la tarde de primavera que entra por la ventana; a la prisa con que corto y voy hilvanando estas prendas humildes; al ruidito de la máquina que—te lo juro—me suena hoy más dulcemente que aquel piano, donde Grieg y Schuman, sonando a gloria, no me daban para comer...

Mary.

III

«Marta buena, amiga fidelísima: Mientras tú des doblas tus fastidios y tus murrias bajo las brumas de Londres y las frondas de Hyde-Park, yo preparo unas sopitas a mi primer nene, un Enriquín moletudo y llorón, que estoy desfigurando a besos.

«Chica, parece que—y disculpa la barbaridad—fui madre toda mi vida. Yo fajo, lacto, aduermo y cuido a mi rorro con una habilidad que me pasma y aún emboba a mi esposo. Vivimos con mamá y Adela. Afortunadamente hemos podido sobrevivir a tantos dolores y hay día que suenan en casa cinco risas a un tiempo.

«Cásate, Marta, cástate. No puedes imaginarte

Digo yo...

...ya estamos aquí, caros lectores. Veremos la acogida que dispensáis a estos simples periodistas, ya que toleráis a tantos periodistas simples.

...el estanque del Parque es una ciénaga inmundicia.

Allí viven, a más de los peces, unos gansos, con un botar tan voraz, que muerden las suelas de las botas del que se acerca.

Más humano sería cortarles el cuello, que dejarles morir lentamente de inanición.

...después del suceso del correo de Andalucía, se retirarán del oficio los malhechores, si tienen algo de vergüenza.

Los hombres verdad no pueden consentir, sin repugnancia, haber tenido un compañero que era... Navarrete.

Se comprende que por ambición o locura se lleve al robo y al asesinato, pero es absurda la enajenación por el falso sexo.

Por ir contra la Naturaleza, a todos los... bueno; a todas las que visten pantalones debieran quemarlas, para escarmiento, en plaza pública.

cuán feliz me siento esta tarde de Octubre. Mi marido está en la oficina. Mamá y Adela han salido, Tenemos una casa «pobremente amueblada», como dicen en las comedias, pero más limpia que una tacita de plata, según dicen también las comedias en cuestión.

«El cielo, sereno, me parece una ancha sonrisa que protege mi casa y mi calle y mi vida. Ahora cojo a mi nene y le coloco en la cuna. ¡Cómo duerme el angelito!... Estoy por darle un beso—uno de esos besos rabiosos, frenéticos, que no conoces—para verle abrir los ojitos y poner una cara de susto cómico.

«Ya no trabajo como antes... Hay una paz solemne en casa... No suena el piano, ¡aquél!...

No suena la máquina, ¡aquella!... Beethoven y el camisero tacaño están lejos... Suena el ruidito de la cuna, donde duerme mi pequeño: ese ruidito que no sé cómo explicarte pero que me acaricia más, mucho más que aquellos *lieder* noruegos y aquellos valeses germanos... Y créeme, que esa música me aduerme, y me hace soñar más que la del Pleyel, porque de inclinar la cabeza, hagámoslo cuando, debajo de ella, haya una cuna!...

Mary.

E. RAMÍREZ ÁNGEL

...los bailes que se celebran en el Círculo de Bellas Artes, son un negocio estupendo para los zapateros.

Excepto dos o tres parejas que bailan bien, las restantes dibieran estar en un jaraíz pisando uva.

...las persianas de junco que han puesto en el hermoso salón del Círculo de Bellas Artes, son un contraste ridículo.

Desdician y ofenden al decorado. Es una cosa tan desquiciada, como hacer una tortilla con carretes de hilo.

...es una pena tener que hablar así del Círculo de Bellas Artes, pero, hasta hoy, no ha dado más notas de arte, que las que arranca al piano, el gran pianista José Espinosa.

«En la obra que está edificando el señor Cabot,—dice la gente indignada—han puesto unas figuras sosteniendo una bola tan exageradamente gorda, que es un peligro para los que pasan por la acera.»

...a veces, la Prensa, sostiene bolas mayores, y la gente se las traga.

XERIF